

gregoriano, que precisamente mostró todas sus magnificencias al ensalzar las magnificencias de aquélla que sobrepasa en grandeza a todos los Bienaventurados. Por eso, siempre que de ella se trata, el alma de nuestros métodos antiguos se conmovió hasta lograr acentos de amor penetrante y de sincera devoción. Por eso, al ensalzar sus glorias, lograron composiciones extremadamente delicadas, donde la piedad filial más tierna se ha juntado con la sencillez más ingenua y al mismo tiempo con la ampulosidad más grandilocuente. Son composiciones que llaman la atención del investigador por su doctrina concentrada, por la libre efusión de los afectos del alma, por la frondosidad de léxico. La Sagrada Escritura ha servido de fuente de inspiración, y con eso nos dan una pauta los compositores antiguos del uso, aunque figurado, constante, que podemos hacer de los libros santos para alimento de nuestra piedad y para dar libre curso a los afectos de nuestra devoción privada y pública.

Y muchos de estos monumentos de la antigua literatura mariana quedaban en olvido hasta que aparecieron esas dos colecciones a que antes se ha hecho alusión, y que sería deseable el que se difundieran entre el público devoto. Acudir a las fuentes antiguas siempre resulta de provecho para la erudición, y en este caso más todavía para la piedad, que con el contacto con los siglos que nos precedieron se hace robusta, por ilustrada. Porque en esas composiciones hallamos concentrada toda la mariología cristiana, y en ocasiones con expresiones atrevidas y avanzadas. Bastaría citar, por ejemplo, una de las composiciones que encontramos en las primeras páginas del *Cantu Mariæ*, la prosa *Inviolata*.

Esta pequeña composición es uno de los antiguos *Tropos*, una de aquellas composi-

ciones que Tutilón ideó para facilitar el canto o ejecución de los floridos melismas de ciertas melodías, resolviendo la exuberancia de esas piezas complicadas en la facilidad de un canto puramente silábico. Ya sabemos que estas adaptaciones afectaron sobre todo a las melodías de los *Kyries*, pero no faltaron tampoco adaptaciones de este género a otras piezas litúrgicas. Tal vez el Credo fué la única pieza que se exceptuó, y esto debido, sin duda, a su extrema sencillez.

La prosa *Inviolata* se compuso como final y digno remate de los Maitines de la fiesta de la Purificación, comentario del Responsorio *Gaude María Virgo*, que todavía cierra los oficios nocturnos de esa fiesta en el rito monástico. Los cantorales de la baja Edad Media nos dan esta rúbrica: *In Purificatione post Gloria dicatur immediate prosa sequens*, y seguía la secuencia *Inviolata*.

Es un motete que en el transcurso de los siglos ha sufrido distintas modificaciones. En la época de su composición, cuando comenzaba a brotar pujante la teología mariana, surgen expresiones que más tarde escandalizarán a los puritanos, a los infectados con el rigorismo del virus jansenista. No podían sufrir la exageración, según ellos errónea de la frase *Nobis concedas veniam per saecula*, «por tus oraciones, que suenan tan dulcemente, concédenos el eterno perdón». Esta y otras expresiones, la Iglesia Romana, a pesar de su concisa sobriedad, las ha multiplicado, porque sabe que a las almas piadosas sonarán muy gratamente. Son expresiones piadosas, pero afirmaciones a un mismo tiempo categóricas, que se fundan en la creencia multisecular y universal de lo que se viene llamando la Omnipotencia suplicante de María. Los reformistas gritaron furiosos y escandalizados y mutilaron himnos tradicionales, como el *Ave maris stella*, para